



ANDREA LONGARELA

CUANDO
DESPIERTEN
LAS
FLORES

CROSS
BOOKS



ANDREA LONGARELA

*CUANDO
DESPIERTEN
LAS
FLORES*

CROSS
BOOKS

El principio (o el final)

Calgary (Alberta, Canadá)

Una noche cualquiera, 0.15 a. m.

Tic.

Mi vida era perfecta.

A los veintitrés años, no le pedía más. Tenía buenos amigos, una madre que me adoraba y la chica que se me antojara. Me había graduado el año anterior en Administración de Empresas y contaba con dinero suficiente como para largarme de casa en cuanto supiera qué iba a ser de mí en la temporada siguiente. Mi nombre parecía escrito en un boleto ganador. Tal vez echaba en falta comprarme un Camaro Z28 del 68 de color rojo, pero para eso debía dejar de posponer sacarme el carné de conducir y, mientras tanto, me conformaba con moverme por la ciudad en el Chevrolet de mi amigo Logan.

—Eh, tíos, ¿habéis visto eso?

Nos volvimos hacia donde señalaba Tucker y sonreímos. Eran tres. Rubias. De piernas interminables y andares insinuantes. Una combinación perfecta. Bajé la ventanilla y asomé medio cuerpo antes de silbarlas como si fueran ganado.

Los chicos rompieron en carcajadas cuando ellas gritaron por el susto. Una me insultó y otra se ruborizó; a la tercera habría sido fácil follármela si no hubiéramos desaparecido a toda velocidad.

—¿Dónde creéis que van? —preguntó Logan con los ojos vidriosos por todo lo que habíamos bebido—. Aquí solo hay naves abandonadas.

—¿Qué más da? —susurré con el rostro aún fuera del coche; la brisa fría me sentaba bien—. Podemos encontrar cien como ellas solo con chasquear los dedos.

Mis amigos se ensañaron conmigo, pero no era mi ego el que hablaba, sino el firme convencimiento de que no existía nadie por ahí que destacase, que fuese distinto a todos cuantos conocía. El mundo, lejos de mi burbuja de éxito, me parecía impostado e insustancial.

Logan soltó el volante para dar un trago largo a la botella de Jim Beam y el coche se desvió hasta que la rueda delantera chocó con la acera.

—¡Cuidado, tío! —gritó Caleb desde el asiento del copiloto—. Vas a matarnos.

Pese a que cupiera la posibilidad de que algún día sucediera, nos reímos como idiotas y la botella llegó de nuevo a mis manos. El líquido ambarino brillaba, turbio y espeso. Me lo llevé a los labios y el calor se deslizó por mi garganta. Esa sensación única que hacía que se apagase cualquier incendio interno.

Regresábamos de una fiesta en casa de Kayla, la novia intermitente de Tucker desde el año anterior. Cuando no estaban juntos, él fingía que la odiaba y ella se acostaba con cualquier jugador de hockey sobre hielo de Alberta, exceptuando los de nuestro equipo. Estaba claro que sabía darle donde más le dolía mientras disfrutaba sin remordimientos.

Al otro lado de la calzada, Caleb señaló a otro grupo de jóvenes.

Nos encontrábamos a las afueras de Calgary. Una zona de almacenes y naves industriales apenas iluminada, por lo que la presencia de tanta gente comenzaba a resultarnos sospechosa.

—Alguna fiesta ilegal —dijo Tucker—. El hermano de Kayla me comentó algo de un almacén de papel abandonado.

Sin esperar respuesta por nuestra parte, Logan giró por la primera calle, desviándonos de nuestro destino y siguiendo la estela de los adolescentes que se dirigían hacia aquel secreto a voces. Frenó de sopetón y me encontré a la altura de una morena de vestido corto y tacones rojos. Sentí la energía de mis amigos alentándome a comportarme como esperaban de mí y estiré el brazo hacia ella.

—¿Quieres pasar un buen rato? —le susurré con una sonrisa; le ofrecí la mano mientras el coche avanzaba al ritmo de sus pasos.

—¿Tanta confianza tienes en ti mismo? —respondió con soltura.

Los chicos se rieron y me lamí los labios. Cuando ella observó el movimiento, supe que estaba nerviosa. Que nuestra aparición la incomodaba y que deseaba que desapareciéramos. Que el juego había terminado antes de empezar.

Sin embargo, le sonreí con suficiencia e insistí, a sabiendas por cómo agarraba el asa de su bolso de que aquello estaba mal.

—No es una cuestión de vanidad, sino de pura matemática. Somos cuatro y tú una. Multiplica lo que podrías sentir.

Su expresión se nubló y echó a correr. Logan aceleró y supe que nuestras carcajadas la acompañarían en sueños aquella noche.

—Menudo gilipollas estás hecho —dijo Caleb. De los

cuatro era el más comedido, lo cual habría sido bueno si aquello se debiera a su moralidad y no por cobardía.

Continuamos callejeando, bebiendo *bourbon* y divirtiéndonos a costa de los demás. La vida era fácil. El alcohol le aportaba un aura de inmortalidad que hacía que cada vez arriesgáramos más con el coche. Nos sentíamos reyes. Nada importaba más allá de reírnos, de demostrarnos que éramos superiores, de creernos con el poder de intimidar a otros.

Pasábamos los días jugando al hockey y dejándonos caer por cualquier fiesta a la que nos invitaran. Y siempre lo hacían. Nos movíamos por la ciudad con la seguridad de que éramos irremplazables, lo cual nos llevaba a serlo. Éramos atractivos, teníamos una buena situación económica y un futuro prometedor en el deporte estrella del país. Logan, el más joven de los cuatro y al que yo había convertido en una especie de protegido, contaba con una beca universitaria y aún debía crecer deportivamente, pero los demás ya lo teníamos todo para seguir ascendiendo sin dificultad.

El mañana nos pertenecía.

Terminé la botella justo cuando una chica cruzó delante de nosotros. Sus aros dorados brillaron como dos soles. Tenía el pelo corto y unos vaqueros ceñidos que le hacían un culo increíble. La vimos perderse entre la gente que se arremolinaba al final de la calle.

Tucker alabó sus curvas.

Caleb silbó con admiración.

Yo pensé que, de conocerla, ninguno de ellos habría sido rival para acabar la noche en su cama.

Logan pisó el acelerador, con los ojos aún fijos en aquella musa desconocida, y dio un volantazo para girar hacia una calleja vacía y mal iluminada.

Mi vida era perfecta, sí, pero ¿cuánto puede tardar una vida en convertirse en humo?

Notamos el golpe en todo el cuerpo.

El frenazo nos clavó el cinturón en el pecho.

El silencio antes de la tormenta fue atronador.

—¡Joder! ¡¡¡La hostia, Logan!!! —gritó Tucker—. ¿¡Qué ha sido eso!?

—Hemos atropellado a alguien. Me cago en la puta, tíos, hemos atro... —La voz de Caleb se apagó.

En el retrovisor, la expresión desencajada de un Logan que nunca había visto me devolvía la mirada. Sus ojos azules hablando con los míos oscuros. Preguntándome qué hacer. Analizando las consecuencias a toda velocidad. El precio de vivir como si nada importara más que nosotros mismos. El alcohol que habíamos bebido. La beca deportiva que él perdería si alguien se enteraba. Nuestro puesto en el equipo. El enfrentamiento con el malnacido de su padre. La universidad para algunos. Todo lo que podíamos ser deslizándose por un embudo que acabaría convirtiéndonos en nada.

«¿Estará bien? ¿Respirará? ¿Y si...? ¿Y si muere, Drake? ¿Qué cojones vamos a hacer si muere? ¿Acabo de truncar mi carrera? ¿Lo he jodido todo?»

Sus preguntas eran flechas que me lanzaba presa del pánico y que rebotaban en mi rostro imperturbable. A mi lado, Tucker se palpaba una herida en la ceja de la que brotaba sangre. Jamás se ponía el cinturón y se había golpeado por el impacto. Caleb, conmocionado, temblaba, mientras intentaba, sin éxito, desabrocharse el suyo. Se disponía a bajar. Iba a hacer lo que todos sabíamos que era lo correcto, pese a que éramos incapaces de movernos.

Me volví hacia Tucker y le pregunté si estaba bien. No obstante, su respuesta no fue la que esperaba.

—Vámonos. Vámonos de aquí. Tenemos que salir de aquí, Drake.

La sangre le caía por la mejilla y se mezclaba con su saliva. El terror mudaba su rostro descompuesto. Las pérdidas asociadas a lo sucedido nos sobrevolaban.

En el asiento delantero, Caleb maldecía y sollozaba asustado mientras se peleaba con el cinturón. Quizá yo estaba equivocado. Quizá él siempre había sido el más valiente de los cuatro. Entonces, antes de que lograra salir, el bloqueo de puertas resonó dentro del vehículo como un disparo.

—Logan —susurré.

Un aviso. Una súplica. Una pregunta. No lo sé. Fuera lo que fuera, ya era tarde.

Logan cerró los ojos, pisó el acelerador y convirtió nuestra vida en un infierno.

Nadie pronunció ni una sola palabra.

Tucker se hizo un ovillo contra la ventanilla.

Caleb se mantuvo ausente el resto del trayecto hasta su casa.

Logan condujo con cuidado, con una calma que no casaba en absoluto con lo que acababa de suceder.

Pero antes de todo eso, justo antes de que el coche se moviera y desapareciéramos como si nunca hubiéramos estado allí, me giré con rapidez y me asomé a la luna trasera.

Pese a las farolas fundidas, aún podía distinguir el cuerpo sobre el asfalto gracias al brillo intermitente de una de ellas. Era un bulto oscuro. Una figura menuda que parecía de mujer. Y una mano. Una mano pálida, extendida, con un tatuaje en la muñeca.

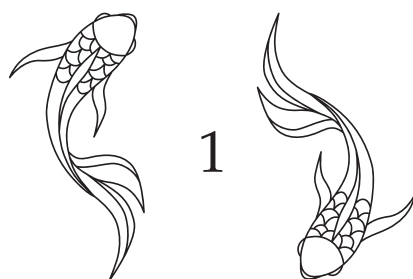
Un diminuto copo de nieve.

La chica que lo tenía todo

Tenía cuatro años cuando su hermana nació; también, el pelo corto a trasquilones por una travesura, un amigo imaginario que se llamaba Paul y la firme creencia de que las hadas existían.

Pero, cuando Lizzie le cogió la mano entre la suya minúscula, de alguna forma imposible, creció. Lo imaginado desapareció y la realidad se impuso con fuerza. Sintió que los pies no le entraban en las zapatillas, que sus dedos eran enormes, que su corazón se hinchaba hasta el infinito.

Convertirte en árbol cuando aún eres semilla es como lanzar un pájaro recién nacido al mar.



Leiwe Lake (Territorios del Noroeste, Canadá)

Hoy, 18:05 p. m.

Oigo sus pisadas en el porche. Una. Dos. Tres. Sube los escalones y entra en casa. Cierro los ojos. Lo veo con nitidez en mi mente, como si no nos separase una pared. Se quita el abrigo y lo deja en el perchero. Mira el estado lamentable del salón; cajas de pizza vacías, vajilla sucia y desperdicios por todas partes. Coloca los brazos en jarras. Suspira. Se pasa las manos por el pelo. La nieve enredada en sus rizos humedece el suelo. Observa la puerta de mi habitación. Le separan siete pasos de ella. De mí. Del sujeto de su decepción.

La madera cruje cuando se acerca.

Algo en mi interior también.

—Drake.

—Papá.

El choque es inevitable. Pum. Dos fuerzas incapaces de entenderse.

Estoy tumbado en la cama. Aún llevo la ropa de ayer. Mi olor es cuestionable y hace dos días que no me lavo los dientes. Entrelazo los dedos bajo la nuca y contemplo el techo. La

araña que descubrí de madrugada sigue ahí, balanceándose en un hilo tan fino que me sorprende que pueda existir. Cuando se desliza hacia abajo, abro la boca, rezando para que caiga dentro, ponga huevos en mi estómago y un ejército de miniarañas se haga con el control de mi cuerpo. De ese modo, una causa externa explicaría por qué me comporto como lo hago.

—Esto no puede seguir así —dice con voz neutra.

Sonrío. Es fácil. Me incorporo para mirarlo y lo desafío. Al fin y al cabo, atacar es lo único que aún me hace sentir vivo.

—¿Ya te has cansado de mí? Doce días contigo después de diez años de dulce indiferencia y me das la patada. Tu instinto paternal es conmovedor.

Me estudia con una mirada cauta. Yo no aparto la mía de sus ojos azules. No parecerme a él me provoca una satisfacción que no termino de entender del todo.

—Mañana salimos a las seis y media.

—¿Nos vamos de excursión? Ya era hora. Fui el único adolescente de mi clase al que su padre no llevó de acampada. Aquello me provocó algún que otro trauma todavía no resuelto.

Ignora mi resentimiento y se me forma un nudo en la garganta.

—Le he pedido a Doug que te integre en el equipo. Estarás bajo mi supervisión. No hagas que me arrepienta.

La puerta se cierra antes de que pueda responder. Me dejo caer sobre la almohada y me muerdo la lengua para no gritarle que se vaya a la mierda. La araña ya no está. Supongo que me he quedado sin excusas y que ha llegado el momento de dejar que los demás tomen las decisiones por mí.

Soy un fantasma.

Una marioneta.

La cáscara vacía del chico que un día fui.